El verdadero valor de las cosas

A menudo oímos decir que ya no quedan valores morales, que se perdieron aquellos que ocupaban un lugar tan importante en las vidas de nuestros abuelos y nuestros padres.
Yo creo que no es así; lo que pasó realmente fue que aparecieron nuevos valores (falsos todos ellos), que poco a poco fueron desplazando a los anteriores de su lugar, pero nunca se perdieron.
Debido a diversas causas, entre ellas el consumismo y la ambición que éste acarrea, nuestra escala de valores se ha ido modificando a lo largo del tiempo hasta llegar a lo que es hoy en día.
Por ejemplo, antes se valoraba a una persona por su honradez o su honestidad, ahora en cambio es muy común hacerlo por su nivel económico, su apariencia o por el lugar que ocupa en la escala social.
Sentimos más admiración por el fundador de Apple que por la Madre Teresa de Calcuta.
Para gran parte de la sociedad actual, es preferible relacionarse con un político, un juez o un jefe de policía corruptos, de quienes se podría obtener algún beneficio, que con un funcionario de menor rango pero honrado; mucha gente desearía tener entre sus amistades a un conocido ingeniero o a un próspero empresario antes que a un plomero o a un pintor de obras.
Del mismo modo se da al dinero y los bienes materiales, un valor que es puramente artificial, olvidándonos que hay cosas que ni todo el oro del mundo podría comprar.
Debemos devolver a esos valores (los verdaderos), el lugar que nunca debieron perder.
Espero que este cuento ayude a lograrlo.

Jorge Luis Huguenet, 27 de agosto de 2007

La riqueza del herrero

En una modesta casa, en las afueras de un lejano pueblo, vivía con su mujer y sus tres pequeños hijos, un humilde herrero llamado Juan.
Éste, que trabajaba duramente para mantener a su familia, a menudo se quejaba de que a pesar de los muchos años dedicados a su oficio, no había hecho fortuna.
-Con lo que gano -decía- apenas me alcanza para vivir dignamente.
Todas las noches, antes de acostarse, el herrero rezaba agradeciendo a Dios por el día que había tenido, y con frecuencia agregaba:
-"Señor, toda mi vida trabajé duro, cuido de mi familia lo mejor que puedo, y siempre me he esforzado por ser una persona de bien; sin embargo en mi casa nunca sobró el dinero, ¿Por qué no he podido ser rico?".
Cierta noche de invierno muy fría, luego de la cena, cuando la familia estaba por levantarse de la mesa, alguien tocó a la puerta.
Al abrir, Juan se encontró con un hombre de barba y ropaje harapiento. Era nuestro Señor Jesucristo que, disfrazado de mendigo, había decidido visitarlo.
-Buenas noches –saludó el mendigo-, ¿tendría usted algo para mitigar el hambre de este humilde viajero?
El hombre, que era de buen corazón, le invitó a pasar y pidió a su mujer:
-Sírvele algo de comida y una taza de café a este pobre hombre.
Jesús, que seguía al pie de la letra su papel, tomó los alimentos en silencio.
Al terminar de comer, agradeció y se dispuso a retomar su camino. El herrero lo acompañó hasta la puerta y ambos salieron.
Era una noche clara y las estrellas brillaban con todo su esplendor.
-Eres una persona bondadosa -dijo de pronto el mendigo-, si esta noche pudieras pedir un deseo, ¿cual sería?
Juan se quedó pensativo, y luego de meditar unos instantes contestó:
-pediría ser rico, muy rico, así podría dejar de trabajar tanto y ya no sería un desdichado.
El mendigo preguntó entonces:
-¿Darías en adopción a uno de tus hijos si te ofrecieran veinte millones por él?
-Jamás –respondió de inmediato el herrero-, yo amo a mi familia, ellos son lo más valioso que tengo en el mundo, y prefiero ser pobre el resto de mi vida a perder un hijo.
-Ya veo –continuó el mendigo-, ¿y por cuarenta millones, venderías tus ojos o tus piernas?

-De ninguna manera –afirmó esta vez-, si no puedo caminar o ver, ya no podría disfrutar las cosas bellas de la vida, ¿de qué me serviría el dinero entones?, además me convertiría en una carga para mi mujer y mis hijos.
Luego de escuchar esto, Jesús se dio a conocer, y tomando al asombrado herrero por los hombros, lo acercó a la casa al tiempo que extendía el brazo para señalar hacia el interior.
A través de la puerta que había quedado entreabierta, se veía a la familia reunida junto al fuego. La mujer tejía mientras contaba un cuento a sus hijos.
Juan observaba la escena en silencio…
Y fue en ese breve instante que comprendió lo que no había advertido en casi toda una vida.
Entonces Jesús, mirándolo a los ojos, dijo con dulzura:
"ve hijo mío, entra a tu casa, que la noche es fría y ellos te esperan. Y de ahora en más, en tus oraciones, no pidas riqueza, pues hace mucho tiempo eres millonario, sólo que no te habías dado cuenta."